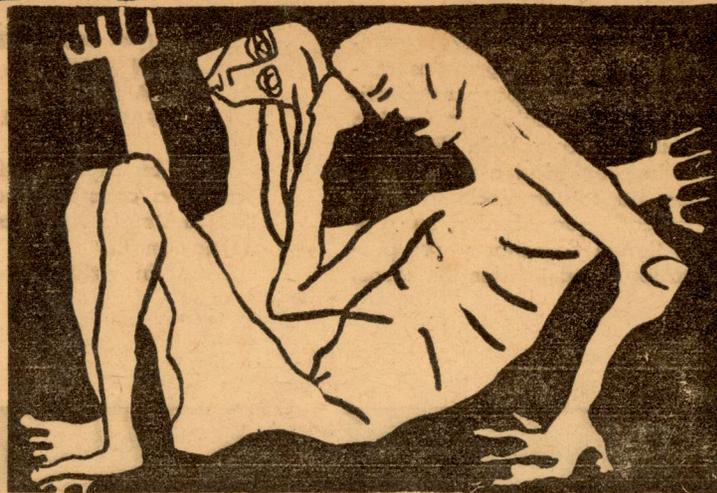


16/5/65
Supl.

JOSUE DE CASTRO Y EL HAMBRE

por Sebastián Salazar Bondy



La conciencia de que nuestra sociedad está fundada en una injusticia y de que, en consecuencia, toda su estructuración es anómala, no ha sido la repentina iluminación de nadie en particular. El hombre no tuvo, de pronto, la noción de que la deformación social, lejos de ser una fatalidad, era obra humana, sino que como toda verdad científica y objetiva paradójicamente debió ser descubierta lentamente tras las apariencias de la armonía y el progreso naturales que hicieron deducir a los liberales sus ineptas leyes. Ningún género de pensador mejor situado entonces que el inserto en el margen subdesarrollado del mundo para denunciar la falacia de la prosperidad creciente bajo la panacea de aquellas leyes extraídas de una realidad excepcional. Por eso, tal vez, América Latina —que es, de hecho, el puente que comunica el pensamiento abstracto occidental con la más concreta presencia de la crisis— está dando como fruto vivo las voces —las personalidades— que exigen corregir la ilusión liberal a la vista de los resultados contradictorios y negati-

6

vos de su imposición más allá del foco donde la industria fue una revolución del hombre y lo humano. Josué de Castro es una de ellas.

El enfrentamiento con el hambre no fue para él motivo de lamentación: es ésta, después de todo, la actitud más fácil, la farisaica, la que se permiten adoptar inclusive quienes son más responsables de este trastorno multitudinario, el cual consiste menos en el apetito y la carencia absoluta de alimentos, que puede ser una anécdota individual y es una forma de la ascesis ritual religiosa, que en la lenta consunción de pueblos enteros condenados a satisfacer su instinto con un artificio a veces brutal. El hambre se le reveló a Josué de Castro como el ser mismo de una inmensa parte de la humanidad, que determinaba, como tal, modos de existencia que rebajaban al hombre al nivel de la animalidad, lo alienaban de la condición humana y lo extrañaban del mundo y su propio destino. Fue un hallazgo que estuvo acompañado por la convicción de que no se trataba de

una irrevocable condena emitida por mandatos incontrolables, sino que dependía de un sistema erigido en errores tenidos como normas. Ninguna conciencia que sea efectivamente libre —o que aspire a la libertad, sin la cual se pervierte— puede soportar la intuición de la verdad sin asumir, en consecuencia, el quehacer de conquistarla, compartirla e imponerla, y ese fue el motor de la campaña mundial que Josué de Castro emprendió y continúa hoy realizando. Su obstinación en la lucha contra el hambre y las causas que lo determinan recuerda el de algunos otros grandes nombres empeñados en mantener otras grandes banderas de nuestro tiempo: Bertrand Russell, el Mahatma Gandhi, Franz Fanon, Jean-Paul Sartre, son gentes comprometidas con un empeñamiento militante que gracias a su tezon acaba por mudar la voz solitaria que lo sostiene en voz unánime de toda una época y de todo un conjunto de pueblos.

El hambre gris que Josué de Castro señala como realidad convertida en ser y en modo

de vida asignado a casi las dos terceras partes de la población del planeta echa por tierra, con su sola evidencia, nuestros pobres orgullos, nuestras grandes palabras, nuestras convenciones, transmitidos como bastos bloques de generación en generación, porque ante la verdad de aquel descaecimiento masivo que es el hambre de nuestro pueblo, ¿cómo hablar de “hacer patria” por otro medio que no sea vencer esa forma de la antipatria, cómo apelar a nuestra “independencia” en tanto persista esa esclavitud envilecedora, cómo aludir a nuestra “unidad” mientras nos divide tajantemente esa diferencia en una minoría y una mayoría sordamente enemistadas? Pero el del hambre es un tema que quema como una zarza ardiendo y la entonación de quien lo agita —no para agitar a la gente en su personal provecho, sino para despertar conciencias, tal cual el apóstol agitaba con la buena nueva— tiene que ser para los miembros del Sanedrín y para los que los sirven la profesión de una herejía y, al mismo tiempo, evidente injuria al César. El tono de Josué de

Castro —no el tono oral sino el de las que su mensaje contiene— posee esa fuerza suasoria que tan sólo mortifica a los que prosperan con la intensidad y extensión del hambre ajeno.

En esta inmensa orilla del mundo que es la humanidad subdesarrollada la ciencia, en la era en que vivimos, tiene que ser instrumentada para que opere sobre la praxis inmediata y permita el gran vuelco estructural que sobrevendrá con la supresión de la injusticia que es pivote de todo el sistema social. Josué de Castro hombre de ciencia, pensador, no pierde un ápice de su valor académico en la acción. América Latina se insinúa destinada a dar esta clase de hombres que, como el maestro brasileño, comparten el estudio y la batalla. Si en el siglo XVII el ideal ibérico fue el hombre de armas y letras, en este siglo latinoamericano puede emerger la imagen del hombre de ideas y campañas. Mirado en perspectiva, el autor de “Geografía del Hambre” prefigura aquel conjeturable paradigma.